

*A todas las mujeres fuertes  
de mente, espíritu y corazón.  
Gracias, Tessa.*



# CAPÍTULO 1

Hay decisiones que se deben tomar en cuestión de segundos y aquel era uno de esos momentos cruciales. No podía destrozar la puerta porque sabía lo que implicaría. Las voces de sus compañeros le llegaban atenuadas por el tabique; habían accedido por la escalera de emergencia del edificio, pero el panorama era como una bomba de relojería, demasiado calor, demasiado humo. Era mejor salir de allí.

—¡Dudley, vámonos! Esto no es seguro —indicó MC al novato.

—¡Venga ya! Si abrimos una vía de ventilación acabaremos antes y...

—¡He dicho que nos vamos! —sentenció ella. Estaba harta de que aquel joven inconsciente pensara por sí mismo en lugar de recordar lo que había aprendido en la formación. Si abrían un solo boquete corrían el riesgo de saltar por los aires—. Debería darte una jodida patada en el culo y mandarte a Boston, de donde no tendrías que haber salido —masculló.

Farfulló insultos bajo la visera del casco mientras bajaba con cuidado al piso inferior. Estaba claro que no había hecho buenas migas con Cedrik Dudley. Esa forma que tenía de mirarla, como si estuviera esperando a que se le saliera una teta de la camisa, había sido un problema desde el principio y a bastantes hombres se había tenido que enfrentar ya como para que un pollo recién salido del cascarón le tocara las narices.

Cuando el humo se disipó lo suficiente, MC se dio cuenta de que Dudley no la seguía. Emitió un juramento a voz en grito y deshizo sus pasos con los puños apretados. Vio la silueta del chico levantando el hacha para golpear la puerta que comunicaba con el pasillo y el corazón se le paró.

—¡No, Dudley! ¡Saltaremos por los...! —La hoja se clavó en el

metal y la reacción de MC fue tirar de él y cubrirse la cabeza. Se encogió sobre sí misma para minimizar el impacto de la explosión, pero no sucedió nada, y cuando levantó la mirada y vio la ceja insolente de Cedrik Dudley alzarse detrás de la visera del casco, se volvió loca—. ¡Maldito novato de los cojones!

Lo empujó con rabia. Le borraría a guantazos esa sonrisa cínica en cuanto estuvieran fuera de allí. Pero, de pronto, la puerta se abrió, un humo espeso se sumó al ya existente en la escalera y, de entre la nube grisácea, resonó el gruñido del capitán.

—¡Gallagher! —rugió Grant Hogan—. ¿Qué hacéis ahí aún? ¿Es que has perdido la cabeza?

Debía ser eso, pensó MC, porque no entendía cómo podía permanecer callada mientras Cedrik Dudley desaparecía de la escena. *Voy a destrozarlo en cuanto lo pille...*

Abandonó el rellano de la escalera, y dejó que fueran sus compañeros los que se ocuparan de apagar el fuego, al menos, del que ardía a su alrededor. El que llevaba dentro no podría sofocarlo nadie.

—¡Tú! ¡Malnacido! —exclamó al alcanzar a Dudley junto al camión—. No voy a descansar hasta que te echen, ¿me oyes? No tienes ni un poco de sentido común debajo del casco.

—Vale, MC, lo que tú digas —respondió con condescendencia—. ¿Estás con la regla? Porque si no es eso no entiendo a qué viene el sermón. Hemos subido allí arriba por un motivo. Deja de lloriquear, no ha pasado nada.

Aprovechó que Cedrik se estaba quitando el casco y no se lo pensó dos veces: apretó el puño y, con un movimiento rápido y certero, lo estampó en el mentón del novato con todas sus fuerzas. No lo tumbó, eso le hubiera gustado más, pero se conformó con ver el desconcierto en los ojos del chico y con escuchar el gruñido de dolor que emitió cuando se acarició el labio inferior y comprobó que se había cortado con sus propios dientes.

—Esto es lo que ocurre cuando te pasas de listo con una mujer con la regla.

—¡Gallagher! —le gritó el capitán Hogan, que había presenciado la escena a distancia—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Tranquilo, capitán —intervino Cedrik, que se lamó el labio para llevarse los restos de sangre—. Solo hemos tenido un pequeño desacuerdo. Nada grave. ¿Verdad, MC?

—Que te den —masculló ella solo para los oídos de Dudley.

Grant Hogan no dijo nada más, tiró de ella de forma brusca, y con la misma violencia se soltó Megan segundos más tarde. La vio alejarse hacia la parte trasera del camión, donde el resto de hombres recogían las mangueras, y sacudió la cabeza, harto. No era la primera vez que MC causaba problemas por culpa de ese mal genio que salía a relucir en cuanto se sentía atacada, pero ya le había advertido en más de una ocasión y no pensaba tolerar ese comportamiento. Si había llegado a ser capitán a sus cuarenta y dos años, no había sido por su benevolencia precisamente.

—¡La has cagado, princesa! —se burló Jonas Gómez al escuchar los bufidos de MC.

—No me calientes más, Gómez. Recoge y calla.

Estaba acostumbrada a los comentarios de sus compañeros y las risas disimuladas, las asumía con alguna salida de tono cínica o una sarta de palabrotas, pero dolían. Era un dolor sordo, una presión constante sobre el corazón que nadie percibía porque ya se había encargado ella de perfeccionar la máscara que lo cubría todo de indiferencia.

Vio como Grant le daba un par de palmadas al novato en la espalda y sintió una repentina náusea que la obligó a apoyarse en el camión. Era increíble. Cedrik había repetido los mismos errores durante su primera semana y, aunque al principio consideró que todo novato tenía derecho a equivocarse, la lista de

meteduras de pata era tan larga como un ticket del supermercado después de llenar la despensa. Cuando Grant le explicó que el chico era el hijo de un concejal del ayuntamiento con mucha mano en el tema de la inversión de fondos por la que tanto estaba luchando, entendió la actitud benevolente del capitán hacia aquel inepto, pero ya estaba bien de arriesgar la vida por nada.

—¡Gallagher, a mi despacho! —vociferó Grant nada más poner un pie en la cochera del parque de bomberos.

—Ánimo, chica dura —le susurró German McKenzie al pasar por su lado—. Tú mejor que nadie sabes que ladra mucho, pero no muerde.

Claro que lo sabía. Habían sido pareja durante un par de años y las cosas no habían acabado bien entre ellos. Encontrarlo medio desnudo en la sala de descanso de su despacho acompañado de la asesora del concejal fue lo más doloroso a lo que se había tenido que enfrentar hasta el momento, como si alguien le hubiera tapado la boca para no respirar mientras un puño le golpeaba fuerte sobre el corazón. Había pasado un mes desde aquello y, a ojos de los demás, lo estaba llevando bien, pero nadie a su alrededor se hacía una idea de lo duro que era verlo en la compañía cada día, estar a sus órdenes, mantenerse estoica cuando lo que de verdad le apetecía era encerrarse en el baño y llorar como la mujer deshecha que era.

Días después de que Grant abandonara el apartamento que compartían, se enteró de que no había sido la única vez que le había sido infiel. Siempre fue un mujeriego, lo conocía, era el mejor amigo de su hermano Tyler y había crecido soñando con ser ella la que acaparara sus atenciones al hacerse mayor. Y lo logró. Pero ya había quedado claro que no era suficiente para él.

—¡Gallagher! ¡Aquí, ya!

Se tomó su tiempo antes de acatar la orden. Ya sabía lo que se encontraría al cerrar la puerta del despacho del capitán. Dejó

sus cosas de malas maneras y abrió la taquilla para hacer tiempo. La foto con su hermano Tyler, a la que le faltaba el trozo donde antes había estado Grant, le dio la bienvenida, pero en lugar de arrancarle la sonrisa de siempre, la cabreó todavía más. Fue en su primer día de novata en la 52, la primera mujer que entraba en la compañía, la mejor de su promoción. Grant escribió sobre su casco las iniciales de su nombre, MC, Megan Courtney, y, desde aquel momento, todos empezaron a llamarla así, como en su familia. Fue un acto más que significativo porque, que el capitán Grant Hogan la aceptase como parte de su equipo, suponía la aceptación del resto. Y no había nada más importante para Megan que la trataran como a una igual.

—Vamos, campeona. Solo será una bronca más —la reconfortó Emilio, el más veterano.

La cara del capitán no parecía muy agradable cuando lo vio al fondo del pasillo. El rostro del que Megan había estado enamorada se encontraba surcado de arrugas de expresión debido al cabreo. El cuerpo de Grant era demasiado enorme para aquel despacho tan pequeño. En otras circunstancias, la imagen le hubiera arrancado una sonrisa. Entró con seriedad y se afianzó contra la puerta, a buena distancia de la mesa, donde él fingía prestar atención a unos informes.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas...

—¡Me importa una mierda lo que quieras decir, MC! —rugió Grant—. No voy a tolerar una actitud así, no en mi compañía, no con mis hombres.

—¿Tu compañía? ¿Tus hombres? ¿Y yo qué coño soy? ¡Yo también formo parte de este equipo, ¿sabes?! Pero parece que se te olvida con mucha facilidad.

—Se me olvida porque en el último mes solo me has causado dolores de cabeza. Cuando no es por el novato es por cualquier comentario. Hay más mujeres bomberas en Chicago, no eres

única. ¡Supera ya esa mierda de inferioridad y deja de meterte en líos!

—¡A lo mejor si miraras más a tu alrededor en lugar de darle palmaditas en la espalda al hijo del concejal te darías cuenta de que la que se mete en líos no soy yo! —le reprochó—. Arriesgo mi vida todos los días igual que el resto, me dejo la piel en cada salida, pero, además, debo enfrentarme a las gilipolleces de algunos tíos que solo piensan con la polla, ¡y estoy harta!

—¡Olvídate de eso y haz tu trabajo! Cedrick Dudley es responsabilidad de todos, incluida tú. Necesita apoyo y que lo instruyan como es debido, es tu obligación...

—¡Y una mierda! No es mi obligación encubrir sus faltas, Grant. Te lo dije el segundo día: hace lo que le da la gana en cada salida. ¡Habla con McKenzie! ¡Habla con Emilio! A ellos también los ha puesto en situaciones que no hubieras permitido a nadie. ¡Pero no! Como es el hijo del concejal...

—No he oído a nadie quejarse más que a ti, MC. —Trató de controlar el tono de voz para no alterarla más. Conocerla tan bien le daba ventaja y no estaba dispuesto a provocar otra discusión sin fin de las que tenían desde que no eran pareja. Sabía que parte del carácter explosivo del último mes era debido a lo que había pasado entre ellos y estaba dispuesto a ser paciente, pero no permitiría faltas en el trabajo—. Entiendo que estés cabreada conmigo y entiendo que trabajar juntos pueda resultar raro, pero soy tu capitán, MC, y esto es una llamada de atención por haberle pegado a un compañero. Si tienes algo que informar acerca del comportamiento de Dudley, te sugiero que lo hagas por las vías correspondientes.

—Ten por seguro que lo haré —dijo con convicción—. Esto no tiene que ver contigo y conmigo, se trata de la seguridad de todos. Ese chico es un peligro y tú no quieres verlo.

Estaba tan alterada que el corazón le latía a un ritmo impo-



sible y su indignación se hizo mayor cuando Grant levantó la mano para que guardara silencio.

—Ya tengo suficientes complicaciones como para que este tema suponga una más. Han vuelto a rechazar la ampliación de presupuesto para las reformas de la compañía y, cada día que pasa, fallan más cosas en este edificio. Dudley es una baza importante si queremos que el ayuntamiento nos haga caso. Cuando acabe el periodo de adaptación reconsideraré su permanencia en la 52...

—¿Así que es eso? —lo interrumpió. Se rio sin humor y comprendió por dónde iba el juego de su capitán. Estaba claro que acostarse con la asesora del concejal no le había dado demasiado resultado y había decidido probar por otro camino. Sintió la bilis quemándole en la garganta y un extraño dolor retorciéndole el estómago. Y pensar que lo había sido todo para ella...—. Saca a Dudley de esta compañía, te lo advierto.

—No me amenes, MC. No estás en posición de hacerlo y te juro que no me temblará el pulso...

—¿Para qué? ¿No te temblará el pulso para *reconsiderar* mi permanencia aquí? ¿Puedes estar tranquilo! —exclamó con los ojos encharcados de lágrimas y rabia. Ya había barajado la posibilidad de pedir el traslado y se ahogaba solo de pensarlo. La 52 era su segunda familia, pero era evidente que aquel ya no era su lugar—. Tú ganas.

—Yo no quiero que te vayas, solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—¿Como antes de qué? ¿Como antes de que llegara Dudley? ¿Como antes de que te acostaras con otras? ¿Cómo quieres que sean las cosas?

—No quiero estar peleando contigo a cada segundo del día, no lo hacíamos cuando estábamos juntos y no lo voy a consentir ahora —concluyó—. Hablaré con Dudley y le diré a Emilio

que lo controle de cerca cuando yo no pueda, pero te recuerdo que somos un equipo y en mi equipo nadie se queda fuera por muy novato que sea. Te aconsejo que te relajes un poco con el chico y demuestres que eres una buena bombera. Si vuelves a faltar al orden de la 52 con algún compañero, no me quedará más remedio que expedientarte.

—A sus órdenes, capitán.

Con un nudo en la garganta que le impedía tragar, tomó la bolsa de aseo de la taquilla y se escabulló a los vestuarios femeninos. Necesitaba unos minutos bajo el agua de la ducha, necesitaba estar sola, deshacerse del olor que le impregnaba el pelo y recuperar la calma. Le quedaba por delante una guardia que prometía ser, cuanto menos, tensa.

Golpeó la pared del vestuario con los puños y, de una patada, lanzó una silla de plástico a la otra punta del cuarto de baño. Los ojos se le empañaron con unas lágrimas de impotencia que rodaron imparables hasta gotear por el mentón.

—¡Que le jodan! —gritó con voz desgarrada.

Abrió el grifo de la ducha y apoyó la frente contra los azulejos mientras una lluvia de gotas hirvientes cayó sobre los músculos engarrotados de su espalda. Y lloró una vez más al amparo del sonido del agua. Daba igual el tiempo que pasara y lo injusto que Grant fuera con ella, echaba de menos los momentos a solas con él, las guardias interminables del principio de su relación cuando se escondían en aquel mismo vestuario y se devoraban hambrientos. Daba igual el daño que le hubiera hecho, pues su piel lo echaba de menos y su cuerpo continuaba sufriendo con el vacío que había dejado en la cama.

Pero luego recordaba aquellas imágenes: él medio desnudo, ella a horcajadas, el pelo rubio enredado en una de sus fuertes manos, su boca sobre aquellos labios, los jadeos, el olor... La tristeza desaparecía cuando evocaba aquella tarde. Le dijo que

tenía una reunión con la gente del ayuntamiento, le dijo que iban por buen camino en el tema de los fondos y ella, inocente, lo creyó. Lo había creído todas las veces. Pero ese día pensó en sorprenderlo. Hacía tiempo que querían ir a cenar a un nuevo restaurante japonés cerca de Lake Shore y se vistió para él, para que la contemplara durante la cena con la promesa de ser el mejor postre de su vida. Y la sorprendida fue ella.

—Cabrón —sollozó.

El aviso de emergencia de incendio resonando por la megafonía la sacó con brusquedad de unos recuerdos que la torturaban. Era justo lo que necesitaba: adrenalina y trabajo, aunque fuera en compañía de Cedrick Dudley y a las órdenes de Grant.

—Ni siquiera he cenado —comentó Megan al pasar junto a German McKenzie. Se recogió el pelo mojado en una coleta y se enfundó el equipo con movimientos estudiados.

—Pobrecita —ironizó su compañero con un guiño—. Vamos, quejica, te he traído una barrita de cereales de las que te gustan.

Cuando estaba a punto de ocupar su puesto en el vehículo más grande, las órdenes de Grant le llegaron por la espalda.

—Gallagher, Mckenzie y Curly, al camión bomba —indicó el capitán—. El resto aquí. ¡Arriba, ya! —En cuanto estuvo seguro de que nadie lo oiría, se volvió hacia Megan y le dedicó una mirada penetrante—. Pórtate bien. No hagas que me enfade.

\* \* \*

El incendio estaba controlado y a la 52 le correspondían las labores de desescombro. Aquella vieja planta de textil, a las afueras de Chicago, había ardido como una cerilla. La zona industrial en la que estaba la nave era de las más antiguas de la ciudad. Algunas de las gigantescas fábricas habían sido trasladadas a otros polígonos en regla pues, los de medioambiente, habían detectado amianto en las estructuras y estaban desmantelándolas.

—¡Cuidado con esos hierros de ahí, MC! —advirtió Emilio Roth.

—Hago una última revisión y nos largamos.

—¡Dudley! Ve con Gallagher —ordenó Emilio para disgusto de Megan—. Y presta atención, novato. A lo mejor aprendes algo.

Le guiñó un ojo a MC para que entendiera que a él tampoco le había caído en gracia el nuevo y continuó dispensando órdenes. Todos estaban cansados y deseando salir de allí.

Quince minutos más tarde, Megan dio por finalizada la última inspección. Los de investigación ya andaban entre las partes aseguradas tratando de encontrar el origen del incendio, aunque todo parecía indicar que había sido un cortocircuito en el antiguo sistema eléctrico de la fábrica.

—¡Eh, novato! Nos vamos. —Cedrik llevaba al hombro el mazo que habían estado utilizando para echar abajo cualquier estructura susceptible de desprenderse y parecía no haber tenido suficiente. Dispensó un par de patadas a una columna de hierro e intentó moverla sin éxito—. Deja eso y vámonos. La pala se encargará de echar abajo lo que quede en pie.

—Solo un mazazo más. Entiendo que estés cansada. Una flor delicada como tú...

—Gilipollas...

La risa de Dudley era de lo más desagradable que había escuchado en mucho tiempo, pero dio gracias a que quedó oculta bajo el ruido que hizo el mazo al impactar contra el hierro. Megan se cruzó de brazos, a la espera de que aquel descerebrado pusiera fin a su despliegue de testosterona. No le vendría mal una buena cura de humildad cuando se diera cuenta de que la columna no caería tan fácilmente. Estaba soldada a una viga, pero el muy tonto no se había percatado y golpeó una y otra vez como si le fuera la vida en ello.

La sonrisa de Megan empezó a aflorar cuando un sonido extraño llamó su atención.

—¡Cedrik, para! —gritó de repente.

Pero el chico no la escuchó. Tampoco vio la plancha que se desprendía de la estructura superior, allí donde habían estado las oficinas de la nave. Lo empujó con todas sus fuerzas para evitar que quedara aplastado y lo logró. Pero ella no tuvo tanta suerte. Notó un fuerte golpe contra las piernas y cayó al suelo. El dolor que sintió le cortó la respiración y le nubló la vista. Gritó tan fuerte que los restos de humo del incendio se le quedaron adheridos a las cuerdas vocales. Lo último que vieron sus ojos antes de perder la consciencia fue el rostro de horror de Cedrik Dudley, que se alejaba como un cobarde.